

*Al Ateneo por el Dique de Marruecos
con sentimientos de profunda consideración
y respeto. El Autor*

INTIMIDADES

DE

MARRUECOS

CONFERENCIA

DADA EN EL ATENEO DE MADRID EL 30 DE ABRIL DE 1894

FOR

DON FELIPE OVILO Y CANALES

DEL CUERPO DE SANIDAD MILITAR
AGREGADO Á LA LEGACIÓN DE ESPAÑA EN TÁNGER

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FE

Carrera de San Jerónimo, 2.

1894

R.1.104.967

Afr.(G.F)

5.632

MADRID.—Tip. de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º

AL ATENEO

Demandar benevolencia á quien siempre está dispuesto á concederla, y protestar en tonos más ó menos subidos de escaso valer, haciendo alardes de falsa modestia, constituyen el colmo de una gazmoñería poco digna de vosotros.

Hace mucho tiempo que nos conocemos, sabéis que nunca he alardeado de nada, que hace años estoy apartado de los centros de cultura, de modo que al venir aquí no podéis llamaros á engaño. Habéis querido darme una muestra de simpatía recordando los tiempos en que, como eterno oyente y siempre ansiando aprender, me sentaba en esos bancos considerándome el último de vosotros; tal vez la curiosidad de conocer algo nuevo sobre un asunto de

tanto interés para España, como todo lo que con Marruecos se relaciona, habrá podido atraeros. Eso es todo.

No tengo, pues, que pedir os perdón por el mal rato que voy á proporcionaros, sino daros las gracias anticipadas por vuestras bondades, y procurar, ya que no bueno y bien dicho, deciros algo que os pueda distraer durante una hora, de aquel país tan atrayente é interesante que obliga á tomar la pluma á todo el que á él se asoma por una de sus ventanas.

Mucho se ha dicho y mucho se ha escrito acerca de Marruecos, y entre tanto, claro es que abunda lo bueno y lo malo, lo último, como ordinariamente sucede, en más cantidad que lo primero, y, sin embargo, queda mucho que decir; llevo algunos años en aquel país, donde estoy muy relacionado; no ignoráis que he procurado estudiarle y cada día que pasa adquiere más el convencimiento de lo difícil que es conocerle; no hay día que no me vea obligado á rectificar un falso concepto, y procuro no leer lo que escribí en mis primeros tiempos de africana, porque encuentro mucho que debiera rectificar.

No extrañéis que sea muy parco en esta

conferencia, que olvide en ella el tono doctoral y que no pretenda sentar axiomas, que, dadas las condiciones en que me encuentro, serían imperdonables resultando erróneos, y que en vez de una conferencia de altos vuelos, sea esto una conversación en la que con la mayor llaneza y sin pretensiones, picando aquí y acullá, os diga algunas intimidades de Marruecos, visto por dentro, por donde no es tan fácil y sencillo conocerle á quien no se encuentre en las circunstancias en que la suerte me ha colocado.

Marruecos - F. C. Marruecos

Juicios erróneos.—Cómo nos juzgan los moros.—Cómo los juzgamos.

Es verdaderamente difícil conocer lo que pasa en Marruecos, porque el musulmán, ya moro, ya árabe, ya bereber, lo primero que hace es rehuir todo trato íntimo con el extranjero, que desde luego queda aislado, y mal pueden conocerse personas que no se traten; los guías árabes, que mediante retribución acompañan al viajero, son, por lo general, unos tunantes muy largos, que adulan los falsos prejuicios del patrón y que le ocultan siempre la verdad, y en cuanto al juicio de lo que sobre los moros nos digan los hebreos, debe ponerse en un tamiz muy fino, porque, á pesar de vivir y negociar juntos ambos pueblos, no se distinguen por guardarse entre ellos la más fraternal simpatía.

Sentados estos precedentes, el viajero

superficial que llegue á aquel país y que le juzgue bajo el punto de vista europeo, tiene que condenarle forzosamente. Allí no hay nada parecido á nuestra civilización y costumbres, como que son completamente distintas en todo y por todo, y naturalmente los marroquíes son juzgados *ipso facto* de bárbaros y salvajes.

Por el mismo principio ellos nos juzgan á nosotros como cafres, es el epíteto oficial con que nos distinguen, y son curiosas las razones que aducen para ello. Nuestros trajes les parecen incómodos y ridículos; les parece tonto que tanto en el adorno de las cosas como en la limpieza del cuerpo miremos más lo externo que lo que no se ve: allí el moro que más andrajosamente va vestido y que menos limpio nos parece toma por lo menos un baño á la semana; pero donde nos juzgan locos de remate es en la conducta que seguimos con la mujer. Ellos, que dan á la viuda con hijos una autoridad y un poder legal superior al que disfruta entre nosotros la de igual condición, no comprenden que á la hija de familia y á la casada, que tiene un marido que por ella debe pensar, se las considere sino como una cosa hecha para el hombre. Los

que han asistido á nuestros bailes salen de ellos escandalizados y tiene que oír lo que cuentan en sus casas y en el seno de la familia sobre nuestra perversión de costumbres, que citan á sus hijas para que se avergüencen y jamás tengan trato con los impúdicos cristianos. Se explican que haya mujeres que, más débiles que el hombre, pierdan la vergüenza y se presenten en público con el rostro y el seno descubiertos; pero qué haya maridos que vean impasibles el que sus mujeres bailan abrazadas á otro hombre, eso ya es el colmo de la perversión, del relajamiento propio en que hemos caído los cristianos.

Á uno de los moros más tratables, que me hablaba en el último baile de una Legación extranjera en Tánger en aquel sentido, le objetaba yo, y últimamente le aconsejaba, que guardase parte de aquella indignación para el descoco con que las moras cruzan los ríos que encuentran á su paso, como sucede todos los días en el que atraviesa la playa de aquel puerto. Las moras, acompañadas de sus hombres, al ver crecido el río, para no mojarse la ropa se la levantan haciéndola un rollo á la cintura; y aunque se tapan cuidadosamente el

busto—deciale yo á mi contrincante—atraviesan la corriente con la mayor frescura, dejando al descubierto lo demás, sin importarles nada la presencia de los extranjeros. ¡Buena diferencia hay de aquello á esto!

—Ya lo creo que la hay—me repuso;—como que la vergüenza está en la cara, y por eso la tapan nuestras mujeres.

Este procedimiento para juzgar á los cristianos que empleaba mi interlocutor es el que ordinariamente se emplea por nosotros para juzgarlos á ellos. Nos colocamos en el punto de vista en que hemos sido educados y vivimos, y con arreglo á semejante criterio todo nos parece mal, no los estudiamos á fondo, no los conocemos, nos formamos un Marruecos á nuestro capricho, y forzosamente hemos de ser injustos.

Organización.

Aquél es un pueblo completamente especial, distinto en su organización, modo de ser y costumbres de los europeos, á los que en nada se parece. Por el pronto, vive en plena Edad Media, con sus señores feudales, con sus gremios, con su constitución *sui generis*, viéndose en él las mayores y más opuestas antinomias. En el país más absoluto y más autocrático del mundo se ven comarcas regidas por costumbres federales, transformadas en verdaderos cantones socialistas, donde la tierra se reparte cada año según las necesidades de las familias, y donde casi está prohibido el curso del dinero entre sus habitantes, haciéndose la mayor parte de las negociaciones por cambios de productos. En Marruecos existe la libertad más absoluta de asociación, de reunión, de profesión y de comer-

cio, y el respeto más profundo á la religión y creencias de cualquier extranjero que allí vaya á establecerse. Las ideas de patria y nacionalidad, tal como nosotros las comprendemos, son allí desconocidas. Si cualquiera en el zoco más concurrido del país comenzara á gritar: muera Marruecos, y arrastrara una bandera encarnada, que es la del país, sólo produciría risas y sería calificado de loco.

Y es que Marruecos no es un Estado, es la reunión de pueblos muy heterogéneos, que sería imposible se sumasen si no existiera un lazo común que los mantiene fuertemente unidos.

Religión.—Cofradías religiosas.—Su importancia política.

La religión: hé ahí la base de todo su organismo; pueblos vecinos que se hacen la guerra sin cuartel, que se odian cordialmente, que se persiguen hasta aniquilarse, se reúnen en apretado haz cuando se trata de sus creencias, siendo tal la fuerza del fanatismo religioso, que eso es lo que constituye su organización y su vida; y como consecuencia natural, el pontífice, descendiente del Profeta y jefe supremo de la religión y soberano del país, tiene ese inmenso prestigio que le hace ser tan respetado y temido de gentes de tan opuestas condiciones.

Antepongo el título de jefe de la religión al de soberano, porque éste no tiene la importancia de aquél; las tierras sometidas por completo al Sultán no alcanzan á la

quinta parte del imperio; su prestigio como monarca es insignificante al que alcanza como *Emir al-Mumenin* (Príncipe de los creyentes). Todo musulmán le debe respeto, muchos le profesan adoración, otros rezan en su nombre, y el menor número consideran en él al Rey temporal. Tratándose de este asunto se ha dicho oportunamente que hay pueblos que le pagan y le rezan, otros que le rezan y no le pagan, y otros que ni le pagan ni le rezan; pero aun estos últimos, si hacen la guerra posible al monarca, respetan siempre la persona del Xerif descendiente de Mahoma.

Única base de vida la religión, el instinto, la lucha por la existencia, hacen que allí se conserve muy vivo este sentimiento, y á contribuir á ello se prestan de modo admirable las cofradías religiosas, verdaderas asociaciones secretas de una admirable organización, que en Marruecos reemplazan á los partidos políticos de por acá.

No hay marroquí que no esté afiliado á una de ellas; para las masas no se trata sino de conservar íntegra la pureza de la religión y encontrar un amparo individual en momentos de apuro para el asociado.

Para los jefes iniciados en mayores secretos, para la gente lista y avisada se trata de algo que vale más: de conservar el único elemento para que no desaparezca la unidad nacional y de alcanzar ellos personalmente influencias, honores y riquezas. Préstanse las masas á una obediencia ciega; allí sí que son como autómatas, sin voluntad propia para cumplir las órdenes que reciben, y así comprenderéis también cuán grande es el poder de los directores y cuán inmenso ha de ser el del Sultán, que los condensa todos.

El Sultán es la clave que sujeta aquel complicado organismo; á su sombra viven todos los jefes, que á su vez viven del fanatismo de los pueblos; atacar al Sultán sería echar por tierra todo el edificio, y quiéranle ó no, piensen ó no como él, han de aparentarlo, pues de otro modo los reguladores del movimiento perderían todo prestigio ante sus dirigidos.

Por el contrario, sosteniendo aquel poder ellos pueden hacer cuanto les venga en mientes, y si se trata de los jefes superiores de las asociaciones, hasta los más grandes absurdos que constituyen ataques á la misma religión, de la que en público—

en privado ya es otra cosa—se muestran tan fanáticos. Cuando uno de esos jefes, llevado por apetitos censurables, comete faltas muy graves, nadie se alarma por ello, y las masas se contentan con decir: *hua Habib u hua cairaaaf*, él es santo y sabe; salvoconducto que lleva á los predestinados á los mayores excesos.

**Dificultades gubernamentales.—El por qué
del statu quo.**

El Sultán, naturalmente, ha de contar con fuerzas tan poderosas y tiene que transigir con hechos y cosas que á un monarca como Muley Hassán, dotado de las más relevantes cualidades, han de costar mucho trabajo, y ahí tenéis una dificultad con que tropieza su gobierno, que está erizado de ellas.

Pero no tiene otro remedio si quiere vivir, así como los Gobiernos extranjeros transigen y hacen concesiones en Marruecos para sostener el poder y el prestigio del Sultán que, desapareciendo traería un caos al Moghreb y una serie de complicaciones gravísimas para la paz europea. Por eso nuestros Gobiernos han mantenido siempre la autoridad del Sultán, porque nadie más que nosotros está interesado en

que aquellas complicaciones no se presenten. ¡Ojalá que en otros asuntos que á Marruecos atañen hubieran procedido con la misma unidad de pensamiento! Pero aquí las reformas que con la mejor voluntad del mundo implanta un ministro guiado por el más noble y generoso sentimiento, las destruye su sucesor, y así sucesivamente se teje esa tela de Penélope, que nunca crecerá tanto que tape aquello que tenemos más necesidad de cubrir.

Esto explica él por qué de esa política seguida en Marruecos por los Gobiernos que se han sucedido entre nosotros de 1860 á los tiempos actuales, y los fundamentos del *statu quo*, al que se han sacrificado muchos intereses. Sin una autoridad con quien tratar no son posibles las relaciones internacionales en el Moghreb, y la única existente se ve tan combatida que se hace necesario tratarla con mucho mimo para que no se derrumbe.

Aparte de las grandes dificultades con que lucha el Sultán para mantener sus relaciones exteriores, hay las de orden interior, que son muy graves. Su poder real y efectivo, como Rey, alcanza á una muy pequeña parte de aquel país, á los habitantes

de las llanuras, los más sufridos y los que han de soportar todas las cargas colectivas; ha de transigir y adular en cierto modo á los caciques de las regiones, señores feudales, cuya influencia en sus tierras es harto poderosa; ha de conllevar las exigencias de aquellas cofradías religiosas, cuyo inmenso poder os he indicado, y ha de estar constantemente vigilando el estado de las revueltas y levantiscas kabilas que se sublevan bajo cualquier pretexto, pero siempre con el motivo real de no pagar los tributos que las correspondan.

Muley Hassán.—Su vida y costumbres.

El mando de ese modo no es ciertamente una sinecura, y precisa tener el ánimo y las condiciones excepcionales de Muley Hassán para ejercerle sin fracasar. Veinte años hace que rige los destinos del Moghreb, y durante ese tiempo ha dado señaladas muestras de capacidad para ello; substituyó á su padre, encontrándose, al hacerse cargo del trono, con la parte del país sometida abierta al extranjero, lo que no había pasado á sus antecesores; con las kabilas más revueltas que nunca, con exigencias nuevas, con la necesidad de crear un ejército regular, y con el tesoro imperial, ese fabuloso tesoro de los Sultanes marroquíes, reducido á siete millones de duros, con los que había de hacer frente á los gastos que tantas atenciones reclamaban.

Dotado de un alma enérgica, de un valor personal que á veces le lleva á ser temerario, comprendió que se imponía ante todo conseguir la pacificación del país, y emprendió una serie de campañas contra los vasallos rebeldes, penetrando en regiones y kabilas que no se habían atrevido á pisar sus antepasados. Soldado en toda la extensión de la palabra, buscó el peligro cuando la ocasión lo requería, y castigando con mano dura al incorregible, procuró atraerse por medio de políticas artes á los demás; casi todos los años hace una de esas campañas, en las que consigue afianzar su poder y de las que obtiene recursos para el tesoro, siendo, si no el único, el medio más positivo con que cuenta para cobrar las contribuciones á algunas kabilas de las que allí se conocen por el nombre de *Blad Sibaâ* (tierra libre), para distinguirlas del *Blad Mahzen* (tierra del Gobierno), país enteramente sometido á su soberano.

Tan ímprobo trabajo ha podido quebrantarle alguna vez; pero no le ha abatido. Representa de cincuenta á cincuenta y cinco años, más biendelgado que grueso; bajo su piel, de un moreno muy subido, se dibujan bien los músculos secos del hombre que no

desdeña el ejercicio activo; su fisonomía es simpática y agradable; su mirada viva y penetrante hace adivinar, á través de las largas y negras pestañas, un espíritu muy superior al de la gente que le rodea; afable con todos, habla con voz suave, casi apagada, procurando dejar satisfecho, siempre que le es posible, al interlocutor; en ocasiones se escapa de sus labios una sonrisa algún tanto socarrona, procurando cubrir la boca cuando esto sucede con un pañuelo, que no deja nunca muy distante de la mano; pero cuando es preciso demostrar energía, cambia bruscamente su aspecto, y sin llegar á adquirir el semblante tonos de extrema dureza, sin cambiar el metal de la voz, se impone y sabe hacerse respetar y obedecer.

Musulmán en toda la extensión de la palabra, es resignado y necesariamente fatalista; por eso ante las dificultades que encuentra lucha, pone los medios que puede para vencerlas, y cuando se le hacen insuperables, encuentra en el *Mectub Allah* (estaba escrito) un argumento del que no es tan fácil arrancarle, y con esto queda dicho que el principal rasgo de su carácter es la tenacidad. Tardo en formarse un plan,

cuando le ha madurado bien, es muy difícil, casi imposible, disuadirle á que cambie de opinión.

Como todo el que trabaja mucho, se levanta muy temprano, se asea, se viste muy sencillamente, pero estrenando ropa blanca interior, que no se pone más que una vez; ora y estudia, y á las cinco y media en verano, y á las ocho en invierno, ya está despachando con sus secretarios la correspondencia del día anterior, entrando á sus habitaciones á la resolución de los negocios pendientes de curso el Kaid del Mexuar, el Jefe Superior de Palacio y sus ministros hasta las once de la mañana. Á esa hora toma un frugal almuerzo, que, como todo lo que come, ha sido confeccionado por su madre, ó á su vista; reza, y á la una vuelve otra vez al trabajo, recibiendo á los altos dignatarios del país, á los gobernadores, á los jueces y á todo el que va á pedirle justicia, hasta la puesta del sol, hora en que come, después de lo cual lee una correspondencia muy numerosa, retirándose á sus habitaciones de nueve á diez de la noche, haciéndolo más tarde cuando el trabajo lo reclama.

Tal es su vida, á excepción de cuando

viaja, que emplea en la marcha de dos á cuatro horas; del viernes que se deja ver en público, saliendo á la mezquita con toda solemnidad, y del jueves, día destinado á la familia y á las mujeres.

Las mujeres del Sultán.—El harem.—Lo que allí pasa.—Afeites y otras menudencias.

¡Las mujeres del Sultán! ¡Cuánto se ha dicho y se ha fantaseado de tan misterioso asunto!

Por mi parte, confieso mi pecado, he incurrido en la falta de que ahora me acuso por dejarme llevar de impresiones y de dichos aceptados fácilmente porque convenían á los prejuicios que tenía formados.

El Sultán no tiene más que las cuatro mujeres que la ley le permite, y aun muchas veces el número no está completo. ¿Y el harem? ¡Ah, el harem! El harem es una cosa muy distinta de lo que todos creemos. El harem del Sultán de Marruecos se compone de sus mujeres, no sólo de las que hoy son esposas, sino de las que lo fueron antes, de las de su padre y de las de otros miembros de su familia recogidas por el Xerif,

que encuentra más propio y hasta económico recogerlas en su casa que pasarlas costosa pensión fuera de ella. Cada una de estas mujeres tiene á su servicio buen número de esclavas, costureras, peinadoras y acicaladoras, peritísimas en su arte, existiendo para el orden interior unas llamadas *harifas*, especie de guardias de corps femeninos, sin las cuales quedarían los palacios del Sultán convertidos en campos de Agramante. Viven en el harem los niños hasta los siete ú ocho años, y, como es consiguiente, las niñas hasta que se casan.

De este modo mantiene el Sultán centenares de mujeres, de las que, si no es imposible que muchas lo sean suyas en toda la extensión de la palabra, no está probado ni mucho menos.

Yo, que he visto muy de cerca al Sultán, que conozco cuán grande es el trabajo mental á que se ve obligado, creo, con sus más íntimos, que, lejos de abusar de lo que la ley le permite (1), ni aun llega á los límites de ella, contentándose los jueves con presenciar las fiestas y recreos de aquel ejér-

(1) Las esposas legítimas y las esclavas adquiridas por la diestra (prisioneras de guerra) ó por compra.

cito femenino, que no tiene otro oficio ni ocupación que comer, beber, dormir, alguna labor ligera, bailar, cantar, pintarse y acicalarse para su mutuo recreo, pues, á excepción del Sultán, no entran allí otros hombres que músicos ciegos, y unos guardias que, sin haber perdido la vista, no están en condiciones de apreciar tanta belleza.

Es incalculable la comida que entra diariamente en Palacio: rebaños de carneros se crían para el harem y su servidumbre; por cargas entran los pilones de azúcar, el té, el pan, la manteca y las frutas, y hay muchos sastres y babucheros que no tienen otra ocupación que la de vestir y calzar á tanta gente.

He dicho que se pintan y se acicalan, como uno de los entretenimientos y medios más propios para matar el tiempo, mujeres que tienen muy poco ó nada que hacer. Todo cuanto os diga sobre su habilidad en este asunto resultaría lejos de la verdad; sólo en la cara y las manos se emplean trece colores distintos, con los que se agrandan los ojos, se hacen más negras y largas las pestañas y las cejas, se colorean las encías, los labios, las mejillas y las orejas, se

dibujan las venas, se colocan lunares y hasta estrellitas doradas en medio de un carmín muy vivo. En teñirse el cabello están mucho más adelantadas que las europeas, con la particularidad que aquellos tintes, de origen puramente vegetal, lejos de perjudicar, fortalecen la cabellera, limpian la piel y, según todas ellas, las libran de los dolores de cabeza tan molestos de la mujer.

Para los colores rubios y rojos, la base siempre es una planta que se llama alheña (el *lausonia alba* de Linneo), y para el negro mate hermosísimo emplean once plantas distintas, de las que hasta ahora no conozco más que cinco, pues el secreto de esta composición, que de ninguna manera quieren vender, lo reservan exclusivamente para ellas.

Hé aquí el procedimiento que emplean para aplicarla: las plantas, mezcladas en determinadas proporciones, según dicen, están secas y muy molidas; hacen con ellas y con alcohol una pasta que aplican al anochecer sobre el cabello, y al siguiente día, después de lavado con agua y jabón, cualquiera que sea su color, aparece más negro que la endrina; la piel de la cabeza,

por el contrario, queda blanca y muy suave. El cabello conserva el color hasta dos meses próximamente, volviéndose de un pardo feo, y crece en ese tiempo, particularidad que no me he explicado, del mismo color, de modo que con repetir la operación una vez al mes, que es lo que allí hacen, se tiene el cabello tan negro como se desea.

Otra cosa que llama la atención son los exquisitos y extraños perfumes que emplean; entre los primeros, las esencias de rosa, de violetas y de jazmín son inmejorables; de los segundos, no es éste el momento más oportuno para ocuparse de ellos.

Muchas mujeres reunidas, sin ocupaciones y bien alimentadas, serían cosa que trastornaría al hombre más sesudo, y así le sucedería al Sultán si se ocupase de ellas y no tuviera las harifas, que se encargan de poner orden en aquel maremágnum, secundadas por los guardianes á que antes hice referencia. Que allí hay intrigas, es cosa que no hay necesidad de decir; que se divierten y se aburren y que se aburren más que se divierten, tampoco; pero, por fortuna para la paz, no me atrevería á de-

cir para otras virtudes, se hacen muchas y buenas amistades que establecen tolerancias y hacen medianamente posible la vida.

He dicho que en el harem existen las mujeres que lo fueron del Sultán. En Marruecos es muy fácil el divorcio, y para el monarca sencillísimo, y como la mayor parte de sus bodas obedecen á una razón de estado, cuando ésta desaparece, el repudio no se tarda mucho. Cuando es preciso atraerse un personaje principal y de influencias, como última razón el Sultán le pide una hija en matrimonio, y como allí todos los hijos del Rey tienen derecho á reinar, la esperanza de ser abuelo de un Sultán, y desde luego suegro, allana las mayores dificultades. Por eso tales matrimonios no duran más tiempo que el necesario para desaparecer la causa que los motivara, ó para ser fecundos.

La Sultana favorita.

Muchas veces, el capricho ó una pasión fugitiva puede hacer de una esclava una sultana, y esto ha acontecido con una mujer muy inteligente y hermosa, que hace diez y siete años es la favorita del Sultán. Es circasiana, robada muy niña á sus padres; fué vendida en Constantinopla á una casa muy famosa por ese tráfico, donde recibió excelente educación. Comprada con otra compañera, hoy esposa de un gobernador muy conocido, llegaron á Tánger con destino al Sultán, donde la conocí en 1877; su talento, aún más que su belleza, su excelente consejo, su educación esmeradísima, y unos sentimientos muy delicados, á los que es muy afecto Muley Hassán, han hecho que la *Habasía* sea la verdadera sultana y que su hijo Muley Abd-el-Azis sea el preferido entre todos sus hermanos por

su padre y el señalado para sucederle en el trono, no obstante existir otros de más edad, y entre ellos el primogénito, Muley Mahomed, el famoso tuerto, que tanto ha dado y, á mi entender, ha de dar que hablar todavía. Pero Marruecos no se ha de escapar á la regla general que hace intervenir á la mujer en todos los grandes acontecimientos de la vida del hombre, y por ende de los pueblos é intereses que el hombre dirige, y allí, como en todas partes, esa mujer, tan menospreciada en público, ejerce una influencia real, y en ocasiones decisiva.

**Los hijos del Sultán.—Muley Abd-el-Azis.—
Muley Mohamed.—Sucesión al trono.**

Es un hecho que la designación de Muley Abd-el-Azis como heredero del trono se debe á su simpática madre, y no es dudoso que, si su padre vive cuatro ó cinco años más, él será su sucesor, á despecho de los muchos partidarios con que cuenta el primogénito. Es éste un joven dotado de grandes energías, muy poseído de lo que es y representa, que odia cordialmente á los vampiros que chupan la sangre del pueblo, muy severo con todos, déspota en el mando, violento en ocasiones y poco amigo de doblegarse á consejos é imposiciones extrañas. Los oprimidos creen ver en él á un futuro redentor, los disgustados encomian sus virtudes y los fanáticos esperan que se transforme en el salvador que los redima para que luzca en Marrue-

cos el fanatismo musulmán en toda su pureza. Hé aquí lo que impedirá que tan fogoso joven empuñe el cetro de su padre. Ni Marruecos está ya en condiciones de rechazar todo lo extranjero, como sería necesario para la realización de semejante plan, ni los intereses creados á la sombra de lo existente pueden derrocar de modo tan fácil.

Aparte de esas consideraciones, aquel á quien el Emir Al-Mumenin designa como sucesor y es aceptado como tal por los jefes de las cofradías religiosas y por las gentes del Mabzen (ó sean los que componen el gobierno) tiene ganado todo el terreno, á su poder van á parar todos los sellos y el dinero, llave que abre todas las puertas, y por tanto tiene á su favor todas las probabilidades. Y todo eso irá á parar á Muley Abd-el-Azis, á quien su padre procura dar la mejor educación, que está ya presentado como su sucesor y heredero, que es de un carácter dulce y agradable, bien quisto en el Mahzen, y quien de un modo implícito ha sido presentado y admitido como futuro Sultán entre las naciones extranjeras.

Por todas estas causas, si Muley Hassán

no fallece antes de tiempo, es muy posible que no ocurran en Marruecos los sucesos que se profetizan para cuando fallezca. Ciertamente que sus numerosos tíos, hermanos é hijos podrán aspirar al trono; pero ninguno tendrá la fuerza que el ya designado, poseedor de los sellos, apoyado por el Mahzen y dueño del dinero.

Tanto para evitar que otra cosa acontezca á su muerte, cuanto cierta clase de movimientos en su reinado, procura el Sultán que ningún pariente próximo tenga demasiada influencia, y tiene señaladas á cada uno pensiones muy modestas, con las que apenas pueden sufragar los gastos que les ocasiona su nombre y posición. Al soberano y jefe de la familia sólo le suelen ver los viernes en la mezquita, están perfectamente vigilados y á nada se atreven, porque saben que el acto más insignificante que indicara ideas ambiciosas sería inmediatamente reprimido.

El gobierno.—Cómo funciona.

Por igual causa Muley Hassán, que es una especie de Luis XIV de Marruecos, no tiene en realidad primer ministro; hay uno, sí, que lleva el título de gran visir, y que en apariencia desempeña esas funciones; pero su poder está muy restringido: allí los ministros son escribientes, secretarios á lo más del monarca, que no tienen iniciativa de ningún género, que se limitan á trasladar sus órdenes, y que no dan la más pequeña sin la anuencia de su señor. Así es que todos, absolutamente todos los asuntos que encierran alguna importancia han de pasar á manos del Sultán, que se entera de todos y que en todos resuelve, empleando muchas horas, como os he dicho, en tan ímproba tarea.

Facilita mucho el despacho de los asuntos el que allí no se conoce el expedienteo.

Todas las oficinas del Gobierno se reducen á un gran patio, cuyo perímetro está cerrado por habitaciones no muy grandes, donde están los ministerios. Á la vista del Sultán, que no está muy lejos, se resuelven todas las dudas é incidencias. No hay leyes escritas, fuera de lo consignado en el Corán; por tradición se conservan los precedentes, y á la menor dificultad ó duda el Sultán resuelve después de haber consultado (y eso en casos excepcionales) á una ó varias personas, pero esto se hace en el acto y sin consultas escritas ni voluminosos expedientes. Un solicitante lleva sus papeles listos para el examen, pide audiencia, se le concede, y por regla general su petición es resuelta en el momento.

Aquel patio es lo que se conoce con el nombre del Mahzen, y allí acuden desde el aspirante á un gobierno hasta el bajá destituido, desde el extranjero que va con alguna reclamación apoyado por su Gobierno al pobre campesino que pide justicia contra su Xej. En una palabra, todos los pretendientes.

En los cuartos que rodean al patio están los ministros, sus secretarios, sus adláteres y los soldados, guardias, porteros y orde-

nanzas en una pieza. Todo aquel ejército, que aumenta ó disminuye según las necesidades, y puede fluctuar entre 300 á 500 individuos, no tiene sueldo, porque tal nombre no merece el reducido que le pasa el Sultán; y sin embargo, aquellos hombres constituyen las clases privilegiadas del imperio y son considerados como las sanguijuelas que absorben todo su jugo, y es porque el más mísero pretendiente, como no acuda directamente al Sultán, no podrá llegar al ministro que despacha su asunto sin pasar antes por una serie de escalones que empieza en el portero y concluye en el jefe, en cada uno de los cuales ha de ir dejando en progresión creciente alguna prueba de la justicia de su causa.

En honor de la verdad, allí se aprieta, pero se tiene en cuenta la posición del favorecido para no ahogarle, que en ninguna parte como en el Mahzan se conoce tan bien el espíritu que domina en la conocida fábula de la gallina de los huevos de oro.

Ministros y magnates.

El puesto de mayor importancia en la corte es el de gran chambelán, que desempeña el faquí, Sid Hamed-ben-Muza, más conocido con el nombre de Bu-Hamed, con que cariñosamente le designa el Sultán. Criado con éste, de cuyo lado no se ha separado nunca, hijo del célebre Muza, que desde esclavo llegó á ser primer ministro del padre del actual Emperador y árbitro de la suerte de Marruecos, tiene gran influencia, aumentada por ser el jefe superior de palacio y el que está más inmediato al Señor de todos los magnates.

Así como Bu-Hamed es el gobernador del interior del palacio, el Kaid del Mexuar lo es del exterior, en asuntos de pequeña importancia hace justicia en nombre del Sultán, y nadie puede entrar á presencia del soberano sin ser anunciado y

presentado por este funcionario, á quien por esta causa se da el nombre de introductor de Embajadores entre los extranjeros.

El gran visir debiera ser el único ministro que despachara con el Sultán y el que tuviera todos los sellos y conocimiento de todos los asuntos; pero Muley Hasán, dando pruebas de gran entendimiento, ha dado al Hach-el-Mâati, próximo pariente suyo, todos los honores de su cargo y funciones análogas á las que aquí desempeñan los ministros de Gobernación. Como secretario de este ministro, del que sin faltar á la verdad puede decirse que su cabeza es hermosa, está un hombre de gran entendimiento, escritor y poeta, el Belghuti.

Hermano del anterior es Sid Mohamed, el Seguer, ministro de la Guerra, que tiene muchas aspiraciones á ser gran militar, y que seguramente tiene de César el que se puede decir de él, como de éste, refiriéndose á su vida íntima, cierto dicho que no he de repetiros porque todos le conocéis. Como su segundo está un su pariente, general que mandó las fuerzas leales en la última insurrección de Anghera, y figurando á su lado como director general de artillería é ingenieros y maestro del prin-

cipe Muley Abd-el-Azis, un hombre que no deja de tener su mérito, Muley Mohamed-el-Sueri, que ha tenido el buen acuerdo de proteger á un español muy listo y entendido, aunque en el país pase como un creyente muy verdadero, y tal vez á su muerte sea considerado este compatriota nuestro como santo de los más famosos.

La justicia está en manos del Mesfigüi, viejo muy bien conservado y que goza gran prestigio como jurisconsulto, y la Hacienda corre á cargo del Tazi, indudablemente una de las personas de más entendimiento y mayor ilustración de Marruecos. Al lado de éste se halla un joven muy notable, que viaja mucho, que ha estudiado no poco, verdadero políglota que en España parece como español, en Francia como francés, en Italia como italiano y en Alejandría como turco.

Muy somera es la relación que os he hecho de los ministros del Sultán; pero más ó menos todos son conocidos y hasta amigos con los que he tratado y he de seguir tratando, á quienes debo consideración y á algunos hasta gratitud. Ni alabarlos estuviera bien, y censurarlos agriamente ni cuerdo ni oportuno.

Sid Fedul Garnit.

Diréis que entre los nombrados falta alguien que de nombre conocéis mucho, el que más os interesará seguramente y aquel á quien yo forzosamente he de haber tratado más: Sid Fedul Garnit, encargado de los asuntos del exterior; pero tanto se ha hablado de él, casi siempre mal, que yo no sé qué deciros.

No ha habido injuria que no se le haya dedicado, y los que más benévolamente le tratan le califican de gran embustero; de lo que nadie le ha calificado aún es de tonto, y en verdad que sería gran injusticia el que de tal se le juzgase, sin convenir previamente que todos los diplomáticos que ha enviado Europa y América á Marruecos valían muy poco.

La posición de Garnit es muy crítica; Muley Hassán, como Sultán y como Emir

Al-Mumenin, no puede engañar á nadie personal y directamente; al actual Sultán nadie puede acusarle de haber mentido ni de prometer lo que estaba seguro de no poder cumplir; pero acosado por todas partes, sin poder resistir el empuje de influencias poderosísimas, solicitado por fuerzas antitéticas, sin poder inclinarse á un lado ó á otro sin peligro de perecer, arroja tan pesada carga sobre el Garnit, que se libra de ella como puede, y cuidado que es necesaria habilidad para no comprometer á su señor y no enredarle en el burdo tejido que á veces labra para inutilizar al adversario, por regla general de mayor instrucción, pero casi nunca tan sagaz como el ministro más astuto de Marruecos.

Garnit es hombre de muy claro entendimiento; es dúctil y flexible y de una frescura é impavidez admirables; es muy instruído, un literato en toda la extensión de la palabra, y á juzgar por lo que dicen personas competentes del país, el mejor prosista de Marruecos. De su vida privada sólo os diré que es muy pródigo; á pesar de los muchos regalos que recibe, nunca tiene un céntimo, y reprendiéndole una vez el Sultán por ello, le replicó:

—Señor, no quiero que el día que me muera te traigan más que mi alfombra y el tintero.

Voy á explicaros lo que esto significa. En Marruecos no hay propiedad, todo es del Sultán; así es que al morirse un súbdito suyo puede recoger cuanto tenía el jefe del Estado; pero semejante operación sólo se lleva á cabo con los altos funcionarios y los gobernadores. El Sultán les hereda indefectiblemente, recibe cuanto poseían; de ello descuenta lo que les pertenecía antes de ocupar el destino, una cantidad mayor ó menor, según los servicios que prestó el difunto, y entregando á su familia como regalo cuanto queda dicho, se guarda el resto para las atenciones del Tesoro.

Ya comprenderéis todo el alcance de la réplica del Garnit al Sultán, que tolera á su ministro tales desahogos, tanto por la gracia cuanto por la falta que le hace. Á las inmediatas órdenes de Garnit hay varios secretarios, uno de ellos el Kerdudi que ha acompañado á Muley Arafa, criado en la escuela de su jefe inmediato, pero más disimulado que su mentor.

Sid Mohamed Torres.—El Seffar.

Pasa como moneda corriente, incluso para gente entre quien no debiera pasar, que Sid Mohamed Torres es el ministro de Negocios extranjeros de Marruecos. Su título es el de Uzir uasita, que traducido literalmente quiere decir ministro intermediario; sus funciones son las del Embajador de S. M. X. cerca de las potencias extranjeras y con residencia en Tánger. Me unen con este hombre lazos de estrecha amistad y de cariño; pero no han de ser bastantes para que no diga que es una de las personas más honradas y leales que he conocido.

En aquel país, donde tan poco se tienen en cuenta los servicios prestados, Torres, que desempeña su cargo contra su voluntad y por cumplir órdenes de su señor, recibió hará un año una carta del Sultán en la que

después de hacer justicia á sus méritos le decía que, siendo el más probo de sus altos empleados, y que sabiendo se estaba arruinando por él, le enviaba 25.000 duros de regalo.

El origen de Torres, como lo indica su apellido y como sucede con todos los moros que valen algo, es español. Una broma de un periodista zumbón hizo creer que era un renegado, y varios pueblos de la Península le disputaron como hijo suyo recientemente publicando hasta fes de bautismo que lo afirmaban. Con este motivo llovieron sobre él y sobre el Cónsul de España cartas á granel de amigos y parientes, y sobre todo de primos; en casi todas ellas le pedían lo que ya suponéis; pero Torres se negó á ser primo de nadie. Su padre, un buen musulmán, reposa en Mogador, y sus verdaderos parientes, que son numerosos, son todos fervientes adoradores de la ley musulímica.

Al lado de Torres, como segundo ó Jalfá, está Sid Mohamed-el-Seffar, que se ha dado á conocer con motivo de las últimas negociaciones con España. Es hombre muy listo é inteligente, conoce los negocios diplomáticos del Moghreb, que estudia con

solicitud, y de su capacidad ha de dar pruebas mayores si las circunstancias le presentan ocasión de trabajar por sí sólo sin estar sujeto á jefes que le cohiban.

Otros funcionarios.

Después de estos altos funcionarios siguen en importancia los bajás, destinos análogos á los de nuestros antiguos virreyes. Un bajá es un gobernador civil y militar, que es dentro de su jurisdicción poco menos que el Sultán en todo el imperio. Lógranse estos destinos por influencias de amistad ó de familia; en raras ocasiones por méritos, y las más de las veces por la llave que abre todas las puertas en las sociedades donde exista el numerario.

Ultimamente vacó un bajalato de los más importantes; se presentaron dos postores, uno que ofrecía 80.000 duros, otro 60.000; pero como éste tenía cerca de noventa años y el otro era joven aún, no es de extrañar que fuera favorecido el viejo, que ofrecía menor cantidad, porque indudablemente los años son una garantía para

el más prudente gobierno de los pueblos.

Éstos no ven con mucho agrado el cambio de gobernadores; cada cambio significa una exacción extraordinaria y nuevos y mayores sacrificios, y en Marruecos no se ve con el mayor agrado una contribución nueva, que siempre trae consigo el cambio de autoridad, tanto para resarcirse ésta del desembolso hecho al adquirir el nombramiento, cuanto por los naturales rendimientos del interés que representa el capital desembolsado, que aumenta cuando es tomado á préstamo.

Ésta es una de las causas que provocan allí ese estado de insurrección, que es lo normal en Marruecos y que llega á límites extraordinarios cuando el Sultán se aleja durante mucho tiempo de una comarca. En la ciudad de Marrakes habían buscado refugio últimamente varios gobernadores á quienes las kabilas de sus respectivos distritos habían arrojado de ellos violentamente.

Justicia.—Administradores.—Impuestos.

La justicia se aplica siempre conforme al espíritu y á la letra del Corán, el libro sagrado, que, según los musulmanes, lo encierra todo y en el que todo está previsto. Las interpretaciones son tan variadas como los jueces que administran justicia por ese Código, y el kadi, que así se llama el juez, tiene mucha amplitud para sus fallos; hay para todo la apelación al Sultán, jefe de la religión; pero para casar una sentencia es preciso sobra de razón y otros argumentos.

La administración es muy variada: administra el bajá, que recauda los principales tributos y una serie de administradores para multitud de arbitrios, que no son ni tan pesados ni numerosos como en Europa.

No hay contribución industrial, pero en

los zocos ó mercados existe un *amin* que percibe un impuesto sobre aquello que se vende; no hay renta de consumos, pero el almotacén pone tasa á los artículos de primera necesidad y cobra una cantidad, jamás crecida ni onerosa, á los vendedores. Encargado del orden y policía de los mercados, vigila las pesas y medidas, y se imponen castigos como los que, antes por lo menos, sufrían los carniceros en Fez, que consistían en clavar por las orejas á la puerta de la tienda al cortador que no daba el peso convenido, con lo que excuso decir si todos los de Fez tendrían horadadas las orejas.

Unos puestos que allí se dan á gentes distinguidas, y son muy codiciados, son los de administradores de las aduanas; están dotados con buen sueldo y tienen muchos gajes. Á pesar del celo de estos administradores, el contrabando que se hace es enorme; la vigilancia de la costa, incluso en los puertos, está abandonada, y cuando existe es peor que si no la hubiera, y, sin embargo, el contrabando es muy perjudicial para Marruecos, y si se trata del de armas, para alguien más que para aquel país.

Las consecuencias de este tráfico pueden ser también fatales á España, y como prevenir es gobernar, cualquier sacrificio que hiciera nuestro Gobierno para impedirle, de acuerdo con el Sultán, habría á la larga de resultar beneficioso.

Medios hay para impedirlo, porque nada puede estar oculto mucho tiempo entre los moros, que, sin periódicos, están perfectamente enterados de lo que sucede, siendo por instinto *reporters* como hay pocos.

El noticierismo en Marruecos.

Es extraño cómo corren las noticias en Marruecos, con qué facilidad se propagan los acontecimientos, sin que al pasar de unos á otros las noticias se desfiguren más que entre nosotros á pesar de las excelentes hojas de publicidad que ven la luz en Europa.

Apenas ocurre algo notable, ya se cuenta en los cafés, en las barberías, en las tiendas, en todos los puntos de reunión. El viajero que sale inmediatamente, el arriero y el *racás* (correos peatones) llevan la noticia á los puntos donde se dirigen, y como estos últimos caminan con gran rapidez, prontamente se divulgan. Es increíble la resistencia y velocidad de esos peatones: el correo de Fez á Tánger va ordinariamente en tres fechas, y peatones han tenido España á su servicio en la última

embajada que han salvado la distancia de Marrakes á Mazagen, próximamente 190 kilómetros, en treinta y dos horas, incluyendo en ese tiempo el destinado al descanso, pues no se relevaban por el camino.

Los rifeños que rodeaban á Melilla estaban perfectamente enterados de cuanto proyectábamos y de lo que pasaba en Melilla por esos peatones y por nosotros mismos. Apenas llegaba á Tánger nuestro correo, los periódicos eran leídos en un café del zoco, se tomaban las noticias interesantes, se escribían y se entregaban á un andarín que las llevaba en ocho horas más abajo de Río Martín, entregándolas á una barcaza, que en poco tiempo, si no reinaba el Levante, las llevaba á una ensenada situada al Oeste de la península del cabo Tres Forcas. Peatón ha habido que, cruzando el Atlas, ha llevado cartas de Tánger á Tafílete en catorce días, cosa más difícil de lo que parece.

De este modo, y como en Europa se hacía antiguamente, se sustituye entre los moros nuestra prensa. Innata en el hombre la curiosidad, esa forma vulgar del deseo de saber, ya que las noticias no van á su casa, como entre nosotros sucede, ellos

buscan las noticias, y por lo general no están mal informados sobre aquello que les conviene. Cierto es que á veces circulan allí grandes mentiras y canards inconmensurables. Pero ¿acaso no circulan entre nosotros los más estupendos?

Su imaginación se los hace á veces concebir de muy grueso calibre, sobre todo cuando se trata de su país, de sus usos y costumbres, que juzgan inmejorables. Salvo contadas excepciones, aun los que han viajado, se creen que están en mejores condiciones que nosotros. Nunca se oirá á ningún moro, como no sea rarísima excepción, hablar mal de los suyos ni de su religión; vean lo que vean no se admiran de nada, y aunque reconozcan en su interior lo bueno que hay entre los cristianos, no lo declararán nunca y fingirán la mayor indiferencia.

Atrasos y progresos.

Se plantaron hace cuatrocientos años, y lejos de progresar, han olvidado lo que antes sabían; si bien no existe el más pequeño aduar sin escuela, donde todos los niños aprenden á leer para conocer el Corán, apenas crecen olvidan lo aprendido y sólo hay en todo el imperio la Universidad de Fez, donde se enseña religión, gramática literal, poesía, jurisprudencia y algo, muy poco, de astronomía. De esa escuela salen todos los funcionarios y letrados del país.

Los oficios están entregados á los gremios con una organización análoga á la que tenían entre nosotros; las familias se suceden unas á otras practicando el mismo arte ó profesión; no por eso les va mal, si se atiende á que el clima y costumbres no inclinan mucho al trabajo; muy pocos serán los obreros que dediquen á él las ocho ho-

ras que reclaman sus colegas europeos, que al ir á Marruecos han obligado á carpinteros y albañiles á romper con sus costumbres patriarcales, haciéndoles trabajar más horas para no verse arruinados por la competencia.

También han entrado en el país con los europeos las falsificaciones, que antes no se conocían; las famosas alfombras de Rabat empiezan á teñirse con anilinas en vez de los tintes imperecederos que antes se empleaban. Los jefes del gremio han castigado y castigan esto con rigor, y sería plausible consiguieran el buen resultado que se proponen en beneficio de su crédito y del arte.

Porque el marroquí es artista sin darse cuenta de ello, y es una lástima que no desarrolle tan favorables aptitudes; pero allí todo lo que no sea desenvolver un espíritu guerrero no tiene eco y se mira con desdén.

No hay otro pueblo más aficionado á las armas y á la pólvora; desde que el hombre llega á la adolescencia, su sueño dorado es poseer un arma de fuego, y no hay fiesta ni regocijo que se celebre sin quemar abundantemente la pólvora.

Estos gustos dan lugar á mil accidentes que se ven allí con la misma indiferencia que aquí la cogida de un torero, y sin que por ellos se suspendan las fiestas ni se tomen medidas para impedir su repetición.

Para el Sultán, que en vano trataría de impedirlo, constituye un riesgo muy grave, porque un pueblo armado fácilmente se insurrecciona, como continuamente sucede, y hoy que cuentan sus súbditos con armas de precisión, su situación se hace aún más difícil, como lo prueba la última insurrección de Anghera, que se apaciguó gracias á amistosas componendas, pero en la que el ejército leal se vió muy apurado, y los sucesos ocurridos en Melilla, que han producido un conflicto gravísimo, tanto para Marruecos como para España, y que ha terminado felizmente con el Convenio firmado el 5 de Marzo en Marrakes.

Unas palabras sobre la última Embajada de España.

Mucho os podría decir ya que estamos tratando intimidades marroquíes, acerca de ese Convenio y del modo como ha podido llegarse á tan buen resultado; pero circunstancias especiales que no se escaparán á vuestra mucha discreción no me lo permiten.

Tiempo llegará en que se conozcan los detalles íntimos de esa Embajada, que han de resultar curiosísimos. Entre tanto puedo deciros que sin la pasión, que en España se sobrepone siempre á la idea y que envenena la causa más justa, sólo para ella se escucharían plácemes; pero somos así, dando la razón al caricaturista que, al dibujar un español subiendo á una cucaña, pinta otro que le tira de las piernas para que no suba, y nada nos importa, si bati-

mos al adversario, herir, pisotear y enlodar la madre común de todos: la patria bendita.

Como si ya no se nos censurara bastante fuera del país, ponemos especial empeño en hacer resaltar nuestras faltas, y merced á la fogosa imaginación de que estamos dotados, hasta las inventamos cuando no existen, dándoles tal aspecto de realidad, haciéndolas tan tangibles, que inconscientemente llegamos á creer en lo que no pasó jamás sino en nuestra fantasía.

Pero los hechos son hechos, y nada hay comparable á su fuerza. Limitándome á aquello que se ha dicho ya oficialmente, nos encontramos con el Sultán, cuya tenacidad de carácter os he dicho, convencido plenamente de la justicia de su causa y de nuestra sinrazón, y resuelto á no recibir siquiera nuestra Embajada. Tal era su actitud al principio, y en cuanto al auxilio que por aquella época nos prestaban las potencias, yo, testigo presencial de los hechos, incapaz de faltar á la verdad, puedo afirmaros sin negar los buenos deseos de los Gobiernos extranjeros, á quienes no podía convenir la guerra, que ya por-

que sus agentes no comprendieran ó interpretar bien sus órdenes, ya por los celos con que se miraban unos á otros, lo que impedía el buen resultado que da una acción uniforme, lejos de contribuir al éxito feliz de nuestra causa, su intervención aumentaba las dificultades.

Mas tarde, cuando ya se habían llegado á entender todos, y de esto no hubo pruebas en Marrakes hasta los últimos días de Febrero, la negociación puede decirse que estaba resuelta, sin que esto sea negar que la cooperación y la aquiescencia de las naciones más poderosas nos haya sido beneficiosísima.

Nadie se preocupa de lo que nada vale, y el que todos hayan hecho presente al Sultán la necesidad de un arreglo con España era hacerle comprender que, ya por un motivo ó por otro, pesa mucho esta nación en los destinos de Europa, y allí donde ni para el más sencillo asunto han estado de acuerdo jamás todas las potencias, el hecho ha sido tal que ha aumentado considerablemente nuestro prestigio. Suerte, habilidad, llamadlo como queráis, nadie podrá negar que esto es un triunfo que España no podrá menos de reconocer sin co-

meter el feo delito de ingratitud para quien tuvo ocasión de prepararlo.

Si el Ministro de Estado no hubiera tenido un exacto conocimiento de la situación de Europa, si no hubiera desplegado esa actividad maravillosa que le reconocen sus mayores adversarios, si no hubiera puesto en juego infinito número de resortes que á la más pequeña falta hubieran hecho saltar el complicado mecanismo, no se hubieran puesto jamás de acuerdo las potencias, y los celos y rivalidades que, por desgracia, dividen á la diplomacia extranjera en Marruecos, hubieran hecho muy difícil un buen arreglo útil para todos.

El fracaso de la última embajada inglesa no fué solamente un mal para Inglaterra, el crédito de los europeos perdió mucho terreno en Marruecos, y cuantos vivimos en aquel país hemos podido apreciar cuánto se iban agravando las relaciones internacionales y cuánto iba creciendo la insolencia del pueblo, y de lo que no era pueblo, contra todo lo extranjero. Los resultados de esta embajada, si España los ha de tocar en primer término, resultarán á todos favorables.

Podrán los partidarios de una guerra á

todo trance con Marruecos, sin pensar en la situación de España y en las gravísimas complicaciones que de ella podrían surgir estar disgustados con la paz; pero del modo con que ésta se ha conseguido, de ninguna manera, si no son muy injustos.

La gestión del General Martínez Campos.

Ciertamente que los prestigios que llevaba á Marruecos el General Martínez Campos eran muy grandes, que su nombre representaba y valía mucho, que á su carácter de Embajador reunía el de General en Jefe de un Ejército de 25.000 hombres prontos al combate, Ejército que los marroquíes sabían podía subir á un número considerable por el llamamiento de las reservas, listas y preparadas ya, y que todo esto eran argumentos de mucho valer para que, después de pagarnos la indemnización á que teníamos derecho, se cumpliera el tratado de Wad Ras, á que estaban comprometidos.

Pero que el Sultán, con el convencimiento que tenía de ser nosotros los principales causantes del mal por que reclamáramos,

se haya prestado á todo de buen grado y reconocido, cosa es digna de atención prolija y detenida meditación. Llegar á semejante resultado, parece un sueño; á mí, que conozco algo aquel país y su amor á conservar el dinero, me hubiera parecido un imposible, y eso que también conocía desde hace muchos años á la persona encargada de tan difícil negociación. Yo podía relataros aquí las sorpresas y las contrariedades sufridas, los trabajos, el esfuerzo y la paciencia, sobre todo la paciencia que tuvo que desplegar para lograr el fin á que su patriotismo le impulsaba; pero entrar en detalles sería decir lo que por ahora no es oportuno y ofender la modestia de ese hombre, modestia que es tan grande como la nobleza de su corazón.

Reúne el General Martínez Campos condiciones especialísimas para la misión que el Gobierno le había confiado: tiene don gentes y se atrae al enemigo más recalcitrante; jovial en su trato, de amena conversación, sencillo hasta la ingenuidad, está dotado al mismo tiempo de maravillosa intuición y sagacidad suficiente para no decir, ni en los momentos de más exaltación ni en los de mayor abandono aque-

llo que no quiere, sabiendo siempre lo que se dice.

Acostumbrados los diplomáticos marroquíes á toda suerte de astucias y de intrigas, hábiles en ese género de luchas, se habían de encontrar pequeños ante una sinceridad, un lenguaje y unos procedimientos que les eran desconocidos. Pronto fué creciendo ante sus ojos la figura de nuestro Embajador extraordinario, y según iban apreciando sus cualidades, perdían el terreno que aquél ganaba. Enérgico unas veces, despreciando la vida les hizo ver lo que ellos tanto admiran: el valor personal; sensible á sus ruegos, reconociendo en algunos casos la justicia de sus argumentos y mostrando un desinterés verdad, encontraron en él lo que ellos tanto respetan, y allí no se ve frecuentemente: **una** honradez sin límites; no es extraño que se conquistara su admiración y sus simpatías y que el Sultán le llamara su amigo y le diera pruebas tan señaladas de amistad como no lo ha hecho con ningún otro, y que él aprovechara tan favorables circunstancias, no sólo para conseguir el convenio, si que algo más que flota por encima de las firmas en él estampadas.

Algo en que debe pensarse.

Mucho ha crecido nuestra influencia en aquel país; mucho puede crecer todavía, porque se ha cimentado bien para ello; pero aún puede bajar más que antes y hasta anularse para siempre, si no se sigue un plan fijo, maduramente pensado y sostenido con constancia.

Mucho puede hacer la opinión pública no exaltándose ni dejándose exaltar por impresiones del momento; mucho pueden hacer los Gobiernos encauzando los movimientos de esa opinión y haciendo que todos los empleados en nuestras posesiones de Africa y en el imperio de Marruecos, se inspiren en los más severos principios de moralidad y de justicia; mucho puede hacerse si comprendiendo que Marruecos es un pueblo menor de edad, se hace por él

lo que con un amigo desvalido: protegerle siempre que se pueda hacer sin perjuicio de España.

La existencia de Marruecos, hoy por hoy, nos interesa tanto como nuestra propia existencia, que no ocurran en ese país trastornos tales que puedan hundirle y provocar una intervención extranjera, tanto casi como la independencia propia, porque el día que Marruecos la pierda y que un pueblo más fuerte que nosotros ponga su pie al otro lado del Estrecho, nuestra nacionalidad y nuestra vida económica corren gravísimo peligro.

Aparte de aquella ley histórica proclamada por D. Antonio Cánovas del Castillo y que todos conocéis, desde el momento que un pueblo superior á España en fuerzas militares dominara al Moghreb, nuestras posesiones africanas podían darse por perdidas, y Málaga, Algeciras, Tarifa, Cádiz y las Canarias seriamente comprometidas. Si ese pueblo, además de militar, fuera agrícola ó solamente amigo del trabajo, los feracísimos campos de las llanuras, hoy casi sin explotar, y cuyos productos son iguales á los nuestros, nos arruinarían económicamente; allí, sin esfuerzo, sin grandes

trabajos, se obtienen trigos y cebadas, que se venderían á un precio con el que no competirían los de Castilla. Los aceites que hoy se obtienen de clase tan inferior, por la mala fabricación, que tira con el orujo enorme cantidad, más de un 15 por 100, se obtendrían tan finos como los nuestros de unos olivos que hoy no se cuidan, contentándose el cosechero con lo que le da la próspera naturaleza.

Y como éstos, otros artículos; ya véis si nos interesa este asunto y si debemos ó no hacer algún sacrificio por la vida de ese pueblo, si no por filantropía, por la más elemental regla de conveniencia.

Justificado, muy justificado está el interés que en España despierta cuanto á Marruecos se refiere; y desdichada nación el día que por desgracia se entregue al indiferentismo en éste como en otros asuntos tan vitales para su existencia. Pueblo sin ideales es pueblo muerto; pueblo que no se preocupa sino de vivir al día, y pierde un tiempo precioso en discusiones tan estériles como las que tanto empañan los últimos tiempos de Bizancio, pierde sus energías, y no tarda en alzarse sobre él el látigo de la servidumbre.

No creo suceda eso en nuestra España,
que aun en sus mayores abatimientos sólo
ha visto el sueño que precede á un despertar
glorioso.
